

HISTORIA
DE LA MÚSICA
PARA NIÑOS

EL ROMANTICISMO

Romanticismo (1820-1900 aprox.)

Sexto viaje por el tiempo

Los días siguientes, los chicos aprovechan el buen tiempo para hacer pequeñas excursiones en bicicleta y nadar en el lago, además de hablar sobre su fantástico viaje por el tiempo. Poco a poco van comprendiendo la extraordinaria aventura que han vivido.



El fin de semana reciben la visita de los padres de Federico. A los chicos les encantaría contarles su viaje nada más saludarles, pero el abuelo les da a entender con la mirada que han de contener aún un poco su impaciencia. En la comida, el padre de Federico mira alternativamente a los chicos y a sus padres.

–Bueno, papá –dice finalmente–, aquí hay algún secreto flotando por el aire. ¿No habrás...? Quiero pensar que no... ¡Creía que esa cosa ya no existía!

–¿De qué estás hablando? –pregunta la madre de Federico, y mira a unos y a otros–. Parece que soy la única que no tiene la menor idea de lo que estáis hablando.

La abuela suspira y le pregunta asombrada a su nuera:

–¿En todos estos años no has sabido nada de la máquina del tiempo? ¡Pero Francisco! Mira a su hijo con aire de reproche.

—¿No le has contado nada de tu aventura?

El padre de Federico vacila antes de admitir en voz baja:

—Bueno, al principio no me atrevía porque pensaba que Antonia podía tomarme por loco. ¡Quién iba a creer algo así! Más tarde, cuando nos casamos y Federico vino al mundo, raramente volví a pensar en ello porque entonces lo único que me importaba era mi familia.

Le da cariñosamente la mano a su mujer, que empieza a mostrar bastante curiosidad. El abuelo, que acaba de terminar la última cucharada del postre, carraspea y empieza a contarla de forma resumida cómo consiguió la máquina del tiempo y también sus primeros viajes, al principio solo y después con la abuela. Clara y Federico se revuelven en sus sillas, impacientes por contar su viaje, pero el abuelo mira a su hijo.

—Me parece que Francisco tenía unos diez años cuando hicimos juntos un viaje por el tiempo. ¡Pero creo que tendría que contároslo él!

En ese momento la abuela anima a todos a salir al jardín y les invita a sentarse cómodamente, porque este tipo de relatos, como es bien sabido, necesitan su tiempo. Cuando todos se han acomodado, el padre de Federico empieza:

—Como decía el abuelo, yo tenía diez años, era incluso el día en que los cumplía. ¡Cuánto tiempo había insistido en poder viajar con la máquina del tiempo! Pero siempre me respondían que era demasiado pequeño. Así que, en mi décimo cumpleaños, lo único que deseaba era que mi padre me dejara viajar a otra época. Como sabéis, empecé a recibir clases de violín muy pronto. Mi mayor deseo era oír tocar el violín a Niccolò Paganini, que vivió en el siglo XIX. Así que al fin, por mi cumpleaños, me dieron permiso para realizar un viaje por el tiempo.

»Con una ropa como la que se utilizaba en el Romanticismo, allí estaba, el día de mi cumpleaños, dándole la mano a mi padre delante de la máquina, esperando aquello que tantas veces me había imaginado. Después de quedar sumergidos en una luz resplandeciente, nos encontrábamos delante de una casa. En ese momento se abrió una ventana y sonó una voz de hombre:



»-¡Clara, ya has estudiado bastante por hoy! Está a punto de llegar otro alumno, tengo que prepararme un poco.

»Un momento después salió una chica por la puerta que no era mayor que yo. Cuando me vio, le entró curiosidad y me preguntó:

»-¿Tú también tocas el piano? ¿Necesitas que te den clases? ¡Mi padre es profesor de piano! Ahora mismo llega otro alumno y después nos vamos a un concierto. ¡Oh, estoy tan nerviosa!

»Mi padre me dio un codazo y me dijo en voz baja:

»-Pero dile algo. Creo que es Clara Schumann, ¡Clara Wieck, quiero decir!



»-¿Qué quieres que le diga? No para de hablar -le respondí cuchicheando.

»Entonces hice un esfuerzo y me volví hacia ella:

»-¡Soy Francisco! No toco el piano, sino el violín -dije orgulloso.

»-¡El violín! -exclamó-. Si supieras adónde vamos esta tarde... ¡Al concierto de Niccolò Paganini! -le oí decir con reverencia y con un orgullo aún mayor en su voz. Cuando oí ese nombre también a mí me invadió la excitación.

»-¿Podemos ir con vosotros? -pregunté.

»La muchacha dijo con cierta arrogancia:

»-¡Mi entrada me la regaló el propio Paganini hace una semana! Pero ahí viene mi padre. Pregúntale dónde se pueden comprar entradas.

»Mi padre se dirigió al padre de la chica y vi cómo los dos empezaban a hablar. Yo seguía tímidamente al lado de la chica, que no me quitaba los ojos de encima. Mi padre regresó al cabo de unos minutos para mí interminables. Me sonrió:

»-¿Qué me dices si hoy por la tarde vamos nosotros también al concierto de Paganini? El señor

Wieck me ha dado la dirección de la sala de conciertos y una pequeña tarjeta de recomendación con la que podemos comprar entradas.

»En la tarjeta se leía: *Friedrich Wieck, Comerciante de música y profesor de piano*, y escrito a mano debajo: *¡Con mis mejores saludos!*

»Nos despedimos de Clara y nos pusimos en camino.

»Ya desde lejos vimos a una gran multitud delante del edificio. Muchos todavía querían comprar entradas. Un cartel al lado de la puerta nos reveló que nos encontrábamos en Leipzig y que era el 5 de octubre de 1829.

Federico le pasa a su padre una taza del café que la abuela acaba de traer.

–Tantos admiradores, casi como hoy día en un concierto de música pop –dice asombrado y reparte el resto de las tazas–. Clara Wieck se convirtió más tarde en una famosa pianista y se casó con el compositor Robert Schumann.

–Sí –ratifica su padre–, Robert Schumann fue desde 1828 alumno del padre de Clara y así fue como los dos se conocieron.



–Aquí llegan el chocolate y el café –anuncia la abuela y pone dos jarras sobre la mesa.

–Estupendo –dice Federico y sirve a cada uno lo que prefiere.

–Y... ¿conseguisteis entradas para el concierto? –pregunta Federico a su padre.

–La tarjeta de recomendación fue muy útil, porque, al contrario que otros, nosotros sí que pudimos comprar dos entradas. Faltaban aún tres horas para que comenzara el concierto y las aprovechamos para dar una vuelta por la ciudad. En la sala de conciertos no teníamos los mejores asientos, pero eran lo bastante buenos para poder contemplar asombrados a Paganini en persona. Y tengo que decir que se merecía el apodo de «violinista diabólico»: alto, flaco y vestido todo de negro, tocó la música más maravillosa que he oído nunca. Además inclinaba el violín casi hasta su tripa... El público enloquecía de entusiasmo.



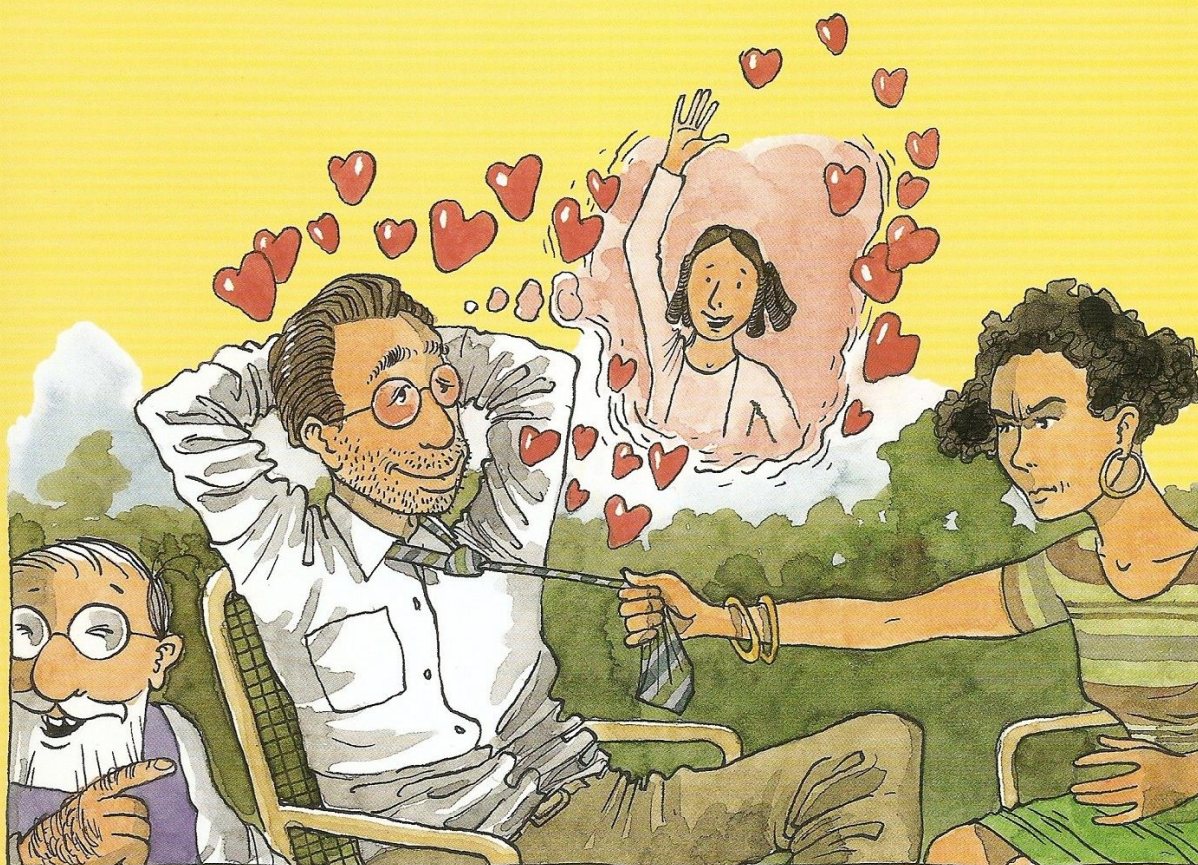
El abuelo interrumpe:

–El ambicioso padre de Paganini lo puso a tocar el violín desde muy niño. Al principio el joven tenía un violín demasiado grande, que también pesaba demasiado, de modo que no podía mantener la mano lo suficientemente alta al tocar el instrumento. Esta postura inusual la conservó toda su vida cuando tocaba. Robert Schumann escuchó, por cierto, a Paganini en Francfort sólo un año después de nuestro concierto. Se quedó tan impresionado que decidió dejar sus estudios de Derecho y hacerse pianista.

Ahora toma Clara la palabra:

–¿Volvisteis a encontraros ese día con mi tocaya?

–Sólo volví a ver a Clara una vez más, de lejos, y ella me saludó con la mano –concluye su relato el padre de Federico.



–Y ahora me gustaría a mí saber todo lo que ha pasado aquí en las últimas semanas –dice la madre de Federico mirando a su hijo y a Clara. Los dos se miran, sonríen y dicen:

–Sí, ésa es también una larga historia...